

ERÓTICA Y MUJER

Introducción al tema*

Eva GIBERTI

La Erótica es una disciplina en formación cuya finalidad es estudiar los placeres, cualquiera sea su origen, así como su creación, su persistencia y sus contenidos: placeres derivados de la sexualidad¹ en sus distintas formas, o de la estética (observación de obras de arte, escucha de música², lectura de textos), o de la ingesta (de bebidas o comidas), o de la actividad intelectual en cualquiera de sus expresiones, y también de la puesta en acto de vínculos con otras personas (disfrute de la maternidad o de otros vínculos)³.

Históricamente se la estudió como parte de la Sexología⁴, sin embargo cabe preguntarse si todos los placeres y todos los goces están comprendidos en su campo. Este trabajo circunscribirá sus comentarios a la Erótica y algunos aspectos de la sexualidad en las mujeres⁵. Los textos que se ocuparon de teorizar acerca de la Erótica como disciplina quedaron a cargo de los médicos o de los sacerdotes cuando se trataba de textos sagrados. El trabajo erótico-médico de mayor relevancia se escribió en catalán, en España, durante el siglo XIV, *Speculum al fodere* o (Espejo del coito)⁶; lo precedió el médico erotólogo, Arnaldo de Vilanova, que produjo *De regimine sanitatis* en el que recomienda cómo comenzar a sensibilizar sexualmente a la mujer.

Los médicos que continuaron con esa tradición se inspiraron en Avicena, uno de los introductores del arte erótico. En el siglo XII la tradición árabe dedicó el volumen *Canon* a las prácticas sexuales⁷.

* En la curricula de Introducción a la Sexología, en el postgrado Teoría y Técnica en Psicoanálisis de la Universidad de Belgrano (1972-1985), Eva Giberti introdujo el tema Erótica. El mismo se dictó por primera vez en América latina con rango universitario.

El Kama-Sutra hindú se conoce debido a su circulación en Occidente, si bien su autor -Vatsyayana- se supone que vivió entre el siglo I y el IV. Acerca de él Octavio Paz opinó: "En la India el acto sexual es un homólogo de la meditación, [sin embargo] no conozco un libro menos utilitario y menos religioso que el Kama Sutra (...) Entiende el placer como rama de la estética"⁸.

Entre los contemporáneos clásicos, Bataille⁹ es quizá el autor más citado y si bien existen autoras que se ocuparon de "lo erótico" en ensayos, en novelas, en poesía o historizándolo, sus metodologías no se desocuparon de formalizar conceptos referidos a la Erótica¹⁰.

Tanto los filósofos cuanto los moralistas, escritores¹¹ y también los artistas (particularmente en el surrealismo) aportaron sus ideas acerca del erotismo. Diferencio dicha producción, implementada por autores que provienen del psicoanálisis, de la formulación que aquí propongo que se ciñe al encuadre de la Erótica como disciplina.

En este artículo enunciaré algunos conceptos que produje en el campo de la Erótica y su articulación con el género, y que durante tres décadas fueron analizados por colegas y alumnos/as¹². Me refiero a la transgresión, lo sugerido, la postergación, los objetos y los ideales eróticos, y "la entrega", como marcaciones significativas en la producción conceptual que forma parte de la Erótica en su carácter de disciplina en formación. Cualquiera de estos conceptos adquiere una caracterización propia en el campo de la Erótica si se los resignifica a partir de una concepción de género.

Como tesis provisional propondré que la subjetividad de las mujeres difícilmente encuentra la plenitud de una dimensión erótica, representativa y expresiva, de sus posibilidades y recursos. *Para el género mujer resulta complejo asumirse a sí mismas en calidad de mujeres gozantes, capaces de construir sus placeres y sus goces acordes con la modalidad que preferirán. Lo cual no implica esencializar un erotismo femenino, pero sí focalizarlo iluminándolo con una luz apropiada.*

La lectura freudiana de los intercambios eróticos, que jerarquizó el deseo y lo privilegió respecto del apetito (instinto) y por lo tanto postuló la ecuación deseo-apetencia-deseo, des-

embocó en la formulación inversa apetencia-deseo-apetencia, lo cual podía esperarse de una concepción judaica de las mujeres -como la que tenía Freud- insertada en una época que no concebía como normal a una mujer deseante.

La pretensión de ocuparse del propio erotismo puede suscitar la imagen de una mujer que “pretende asemejarse a un varón” por la dosis de poder y autonomía que este ejercicio encierra. Particularmente si se tiene en cuenta que en nuestra cultura la iniciación sexual de las mujeres queda a cargo del varón, quien conjetura que el descubrimiento del erotismo de las mujeres es el exclusivo efecto de su intervención (creencia que innumerables mujeres comparten)¹³.

La imagen -representación- de mujer como sujeto sexualmente gozante no parece haber sido instituida en el imaginario social más allá de aquellas mujeres que el porno muestra en la exhibición de rostros que fingen los efectos de orgasmos incomparables.

La incorporación del Sida y las nuevas claves eróticas suscitadas por las publicidades, por la inclusión del género en los medios de comunicación y por la difusión del porno, constituyen una subversión para la pulsión de saber-poder a cargo de las mujeres que se encuentran ante la necesidad de refinar sus conocimientos, incrementar sus argumentos en favor o en contra de “lo que sucede” y ante las disyuntivas que estas novedades exigen¹⁴.

Los estudios que lleva a cabo la Erótica encienden, entre otros, el siguiente interrogante: “¿Qué lugar ocupa el amor en estos estudios?” Aparece como una legalización de lo erótico, como una transacción de lo erótico con el Superyo.

Lo explicita con claridad Eberhard Kronhausen en el prólogo del libro en el cual presenta la Muestra Internacional de Lendt dedicada al erotismo: “En un comienzo se entendía que si dos personas tenían relaciones sexuales, ello tenía como finalidad la procreación de un hijo; actualmente, la prohibición del goce-en-sí se desplazó al amor: deseamos estar juntos porque nos amamos”. Lo cual no es excluyente de la necesidad que pueden tener dos personas que desean “estar juntas” sin la excusa o argumento que remita al amor¹⁵.

En cuanto al “arte de amar” se entiende como la destreza que se pone en juego cuando se “hace el amor” y se intenta provocar un goce calificado y deseable en la pareja; forma parte de lo subjetivo y compromete a quienes participan en el acto sexual.

Advertencia epistemológica

“Qué puedo hacer, no lo sé: mis deseos son dobles”

SAFO, *Fr.* 51, P

Un capítulo pendiente en esta comunicación es el que se refiere al deseo en las mujeres y su relación con la construcción de sus propios erotismos. Innumerables textos se han producido desde distintas corrientes psicoanalíticas acerca del tema; pero aquéllos que conozco no aluden a una descripción de la Erótica como disciplina. Lo cual mantiene abierta una brecha entre la concepción que tienen sus autores/as respecto del análisis del goce y del placer, llevado a cabo con una perspectiva psicoanalítica, y la articulación con los estudios de género y a su vez con los planteos de la Erótica. Por su parte la Erótica no tiene en cuenta los estudios de género y avanza en su análisis sin marcar la importancia política de acuerdo con las diferencias entre ellos.

En este artículo intento articular una concepción freudiana de la sexualidad con los planteos que propone la Erótica; también intento formalizar algunas ideas que la Erótica y el psicoanálisis no proponen como categorías (postergación, transgresión, estar-fuera-de-sí, etc.).

No creo que sea imprescindible ligar Erótica con sexualidad de las mujeres y con psicoanálisis. Mi propuesta es un mero aporte al análisis de temas referidos a los géneros. *En cuanto al deseo asociado con la sexualidad creo que, aun amarrado a su consagración erótica, no será todo lo liberador que las creencias y las ilusiones anhelan.*

El lesbianismo, como una producción erótica con características propias, no fue incluido en esta presentación puesto que reclama un desarrollo extenso. La pretensión de intercalar comentarios que se refieran a las prácticas lésbicas

homologándolas a las prácticas hetero o bisexuales hubiese constituido un “como si” innecesario.

Esta introducción también elude uno de los problemas mayores de la Erótica: la posición económica de las mujeres y su relación con la disponibilidad de tiempo cronológico y de tiempo psíquico para la construcción de goces; ambos fueron abordados en otros ensayos.

El placer

En su etimología remite a *plaqueo*, *plaquitis*, y se refiere a aquello que está en la plaza que, dada su exposición, puede ser visto y trascender. En cambio el “goce”, inmanente al sujeto en su vivencia, también puede ser descripto y formalizado más allá de quien lo goza; pero se ausenta de la exhibición y de la exposición y sólo puede ser inteligido por quien lo protagoniza.

La Erótica analiza la relación que se establece entre los placeres y la cualificación de los mismos. Mediante la “cualificación” se apunta a la diferencia entre los diversos placeres y entre sus matices. De este modo esta disciplina distingue entre la serialidad de aquellas prácticas que desembocan en placeres limitados a su repetición y anticipa los resultados de placeres ya probados y conocidos, y las experiencias derivadas del gozar, entendidas como refinamiento y ocio del ejercicio de los placeres y capaces de suspenso.

Con frecuencia se subraya lo “cuantitativo” del placer según se trate de “mucho placer” o “poco placer” de acuerdo con una producción serial. Se alude a relaciones sexuales que pueden ser clasificadas según “el ritmo” de una serie que parte de lo que cada cual conoce acerca del placer y que busca repetir orgasmos acordes con los ya experimentados. Su horizonte posiciona a hombres y mujeres en buscadores de alivio para su tensión sexual.

La búsqueda de placer por el placer en sí mismo en cuanto finalidad -ausente del sentido de lo útil- junto con la conciencia de la propia muerte y el reconocimiento de la finalidad del trabajo como fuente de bienes materiales constituyen características de nuestra especie¹⁶.

Freud introdujo la idea de placer sin asociarlo a la función reproductiva y desbordó el criterio relativo al mantenimiento de la especie y el argumento fisiológico que privilegiaba el alivio de la tensión sexual.

Sostuvo que la vida sexual produce una ganancia de placer resultante del estímulo que reciben determinadas zonas del cuerpo, lo cual podrá ser puesto al servicio de la reproducción o no. En 1924 afirmó¹⁷ que tanto el placer cuanto el displacer no dependen exclusivamente de la dimensión cuantitativa sino que incluyen lo cualitativo, y añadió que quizá fuese necesario estudiar el “ritmo” en tanto caída y subida de la cantidad de estímulo.

El autor se refiere a una vivencia que corresponde a un estado de satisfacción conocido desde la infancia y que cuenta con variados matices según las propias experiencias: se trataría de la implantación de estados afectivos satisfactorios que se repetirían a medida que el sujeto crece¹⁸.

Los estados de satisfacción inmediata, de fácil desencadenamiento, impetuosos en su arranque, característicos de las respuestas placenteras, parecerían depender de pulsiones “menos trabajadas psíquicamente”, con mayor capacidad para desenfrenarse si se las compara con las que entran en juego durante las experiencias reguladas por el goce. En el adulto el orgasmo se instaló como réplica paradigmática de los placeres infantiles, capaces de cubrir todo el espectro de sensaciones.

En cuanto al goce

“(…) la posibilidad de una dialéctica del deseo, de una imprevisión del goce: que las cartas no estén echadas sino que haya juego todavía”.

Roland BARTHES

El goce se refiere al mantenimiento de la tensión que anticipa, prepara y posterga la respuesta totalizadora habitualmente clasificada como orgasmo. Sin embargo los goces no necesariamente se sintetizan o definen mediante la construcción de un orgasmo.

Los trovadores medievales que utilizaban la lengua provenzal denominaban *joi* a la plenitud de la experiencia erótica-poética. Es posible que la palabra derive de *locus* entendida como “juego de palabras”, para diferenciarla de *ludus* referida a “juego corpóreo”¹⁹. El énfasis alrededor de lo poético subraya su diferencia con el compromiso corporal que impregna la tensión producida por el placer.

La resolución erótica de las prácticas sexuales es indisociable de la articulación entre una dimensión imaginativa, fantasiosa y creadora propia del refinamiento del Yo -que asocio con lo poético según la caracterización de los medievalistas- y al mismo tiempo demanda vibración corporal.

Según Flandrin²⁰, en el siglo XVI, el verbo gozar, *jouir*, tenía un sentido menos preciso del que dispone actualmente; comprendía el orgasmo pero no se reducía a él sino que en esa época se distinguía la naturaleza agradable o desagradable de las percepciones que se asociaban con el gustar y sentir placer; se las deploraba o se intentaba ponerles remedio. De acuerdo con la recopilación de García Messeguer²¹, gozar significa “conocer carnalmente a una mujer”.

Si se compara el estado de placer con el de goce encontraremos que este último incluye una mayor participación del Yo conciente, capaz de construir un registro refinado de los afectos placenteros, en la circunstancia en que es irrefrenable el desborde de la pulsión cuando se pretende alcanzar un estado de “felicidad absoluta” que reclama omitir las limitaciones que mediante prohibiciones (represiones o inhibiciones) puede imponer el aparato psíquico.

El goce está regido por las pulsiones parciales, responsables de los juegos preliminares que tienden a colocar a las mujeres en el estado fuera-de-sí que describo más adelante. Como si las mujeres, activas en ese gozar, quedasen coyunturalmente imposibilitadas de renunciar u oponerse a “algo” que se anuncia pero que no se despeja, a algo que se reconoce, se desea y cuyo fin se teme. Vivencia ajena a los placeres cotidianos, particularmente en su capacidad para demorarse en ese estado de tensión dichosa impregnada de las fantasías, sin que esta descripción autorice a idealizar las respuestas gozantes en tanto se las clasifique como incomparables o irrepetibles.

Cuando las zonas erógenas se articulan entre sí, las tensiones que surgieron de diferentes zonas parciales se potencian y entonces se produce una estasis pulsional como si fuera un derrame libidinal, un lago placentero que se instituye como nueva forma de goce, lo que indica que es posible crear nuevas zonas erógenas y nuevos goces. El descubrimiento de nuevas zonas del cuerpo, producto del acariciar la piel durante los juegos preliminares en zonas por lo general no estimuladas, crea sensaciones asociadas con las fantasías de quien las siente y de quien las produce y facilita la fundación de simbólicas que podrán transmitirse a otras personas (alumnas/os, hijos/as).

Este aspecto del erotismo en oportunidades suscita conflictos para el género mujer cuando ensaya caricias en zonas erógenas masculinas de cuyas respuestas sus propietarios huyen, temerosos de las fantasías homosexuales que podrían desencadenarse.

El conocimiento del propio cuerpo autoriza a las mujeres a dirigir las intervenciones eróticas hacia las zonas capaces de disfrutarlas. Se trata de la capacidad de decisión de la que disponen algunas mujeres, inversa a la conducta de aquéllas que eligen “dejar(se) hacer” por el *partenaire* suponiendo que ésa es la posición femenina.

Ese “dejarse hacer” es ajeno al goce representado por el “todavía no”, limitante y postergador de la resolución orgásmica²² y que corresponde a una decisión yoica sobre las ligaduras pulsionales de las zonas erógenas. Al renunciar a la satisfacción inmediata, la investidura libidinal recae sobre el Yo que posterga activamente la respuesta orgásmica. De este modo las pulsiones parciales asociadas a las zonas erógenas se ligarían al ritmo que retrasa, regulado por el Yo que lentifica y difiere la saciedad orgásmica.

En la perspectiva de satisfacción que se espera del orgasmo, éste se instituye como un aparente final para quienes buscan dicha satisfacción; pero sólo es un engaño ya que todo orgasmo anuncia el deseo del próximo.

Este avalar de la sexualidad promueve un punto de inflexión respecto de algunas teorías psicoanalíticas, pues mientras una perspectiva lacaniana indica que este engaño constituye la evidencia de la falta y de la incompletud del sujeto, la ver-

tiente que procede de la Erótica sugiere que esta incompletud de satisfacción no remite a una falta sino al registro del plus de placer en ciernes. Si interpretamos que podrá crearse un más-placer (o goce), entonces ello se debería a que lo previo tendría algo faltante; no necesariamente sería de ese modo. Podría suceder que aquello que fue goce vivido como pleno no significó completud para el sujeto. El anhelo de un nuevo goce no necesariamente se define como falta. A esta altura ya se habrá advertido que la teoría lacaniana acerca del goce no es la que se utiliza en Erótica²³.

El gozar reclama una mayor participación del Yo (que puede convertirse en objeto de ese goce) y su construcción estaría asociada con un “querer alcanzar” la meta pulsional que forma parte del ideal erótico, constituyente del ideal del Yo en su vertiente narcisista. El goce quiebra una estructura representacional e incorpora otras.

El goce demanda tiempos cronológicos -sin duda con excepciones personales- que no se ciñe a la inmediatez de una respuesta orgásmica. Una clave reside en diferenciar las imágenes, fantasías y representaciones de las que disponen hombres y mujeres respecto de su satisfacción sexual. Intentar la adecuación del modelo masculino a lo que podría constituir un paradigma de goces y placeres para el género mujer implica desatribuir las diferencias.

Algunos textos insisten en la idealización de lo que denominaría el acorde orgásmico, al sugerir las bondades de “alcanzar” juntos el orgasmo (los miembros de la pareja) como si se tratase de una gesta atlética en la que fuese preciso alcanzar un premio que se encontrase “afuera” de quienes lo protagonizan. Por otra parte, la idealización de la vibración en conjunto desenmascara el miedo, la angustia y la culpa que podría producir el goce “a solas” asociado a la masturbación. La consumación del acmé de goce se construye de acuerdo con los ritmos de cada mujer, lo que significa que podrá o no coincidir con el acmé de quien la acompaña.

En la historia del desarrollo psicosexual, los niños y las niñas pequeñas suponen que la realidad exterior es coincidente con sus deseos, como si se tratase de un estado paradisiaco en el que todo sucede acorde con ese deseo. Posteriormente reco-

nocerán la falsedad de esta ilusión lo cual los decepcionará. A partir de ese momento lo anhelado se convertirá en fantasía. Esto podría describirse como: “Ah! Si yo pudiera...!”, o bien: “Si yo tuviera...!” La realidad no coincide con el deseo y entonces aparece la pretensión de construir una satisfacción pulsional destinada a alcanzar la meta deseada.

Para los adultos, el orgasmo es la réplica de los placeres infantiles que son capaces de cubrir todo el espectro de sus sensaciones y vivencias cuando el deseo y la realidad coinciden; pero es prudente señalar las diferencias que pueden darse entre hombres y mujeres y que, más allá de las propias simbólicas, también responden a la historia de la relación que niños y niñas entablan con sus cenestesias tempranas.

Entonces vale la pena conjeturar una alternativa que corresponde al desarrollo temprano de la niña y del niño respecto del registro que cada uno alcanza a tener respecto de la interioridad de su cuerpo. Si bien ambos -niña y niño- tienen sensaciones cenestésicas primigenias del interior de su cuerpo (pelvis), en los varones el predominio de lo visual sobre sus genitales y el desempeño muscular valorizados por los discursos sociales aportan una priorización de la exterioridad genital; de este modo se desactivaría el registro de los canales intrasensoriales en el varón y las sensaciones primigenias dejarían de tener eficacia. A partir de lo cual surgiría en él la creencia de que la niña dispone de algo interior que él ya no posee²⁴. Esta sería una tesis opuesta a la freudiana cuando sostiene que la niña se sentiría incompleta. Entonces pasaría a atribuirle a la mujer una relación con ella misma a través del registro de su cuerpo que implicaría la negación de un bien que él estima perdido y que formaría parte de lo no-simbolizable. Cabría reflexionar acerca del tratamiento que otorgan niños y niñas a esas huellas mnémicas no simbolizables por medio de sueños, fantasías e intuiciones. En el género mujer se mantendrían esas huellas mnémicas con otra eficacia y no serían ajenas a la posterior sensibilización erótica de las mujeres mediante el ejercicio de las fantasías y los ensueños, asociados con las huellas mnémicas persistentes respecto del interior del cuerpo²⁵. Esta conjetura adquiere significación en la hermenéutica que avanza en la construcción de un erotismo-otro respecto del convencional, al valorizar la historia de

las cenestesias en la niña. Estas podrían fundar una huella capaz de gestar una zona erógena interna relacionada con la excitación sexual que en las mujeres puede permanecer “escondida” durante un tiempo cronológico, que cada mujer puede reconocer como “pesadez en el bajo vientre”, acompañada, en estas circunstancias, con la emisión de un flujo que proviene de las glándulas que refieren la excitación sexual.

Las prácticas sociales y los discursos que circulan alrededor del goce y del placer en las mujeres no son explícitos; se omiten o se utilizan denigratoriamente.

La historia de la vida de cada mujer y su capacidad simbólica modificarán -o no- el valor que la cultura le otorgó a la omisión de las palabras orientadoras así como al silencio de los afectos que las acompañan. La articulación entre el significante que cada mujer le adjudique a esos silencios, junto con la significación que otorgue a esos vocablos posteriormente aprendidos, probablemente se incluya en la construcción de su goce y lo erótico para ella tal vez sea el resultado de haber enhebrado simbólicamente las cadenas de significaciones con que enlace su cuerpo y su relación con otros/as.

Palabras para “el orgasmo conjunto” y silencio para otras

Algunos goces se mantienen como en la época en que las pulsiones no estaban dominadas por el orgasmo genital, como si el Yo dejase descontrolada la pulsión pregenital y en diferentes momentos se fuesen perdiendo los frenos que cada mujer se impone para evitar frustraciones, o sea que reclama la puesta en acto de los juegos preliminares compartidos. Pero si el *partenaire* tiene como proyecto inmediato la consagración orgásmica, difícilmente dedicará el tiempo que reclaman dichos juegos de acuerdo con la lógica de la postergación. Esta situación es responsable de frustraciones sistemáticas del género mujer ya que la sintonía con su sexualidad gozante está adherida al remanso que provee el disfrute puntual y moroso de las caricias, las palabras, los olores y las miradas que preceden a la resolución orgásmica, considerando a ésta como una parte significativa del goce sexual pero no la única ni la privilegiada. Bruckner y Finkelkraut²⁵,

con justicia y sentido de la caricatura, mencionan “la novela canónica del orgasmo” llamando la atención respecto del endiosamiento con que el imaginario social impregna esta respuesta apropiadora del placer.

El clítoris, resonador del goce

¿Cómo avanzar en el análisis del goce en las mujeres eludiendo sintonizar el texto con las funciones clitorídeas y las fantasías acerca de él? Dada la extensión que sería preciso dedicarle al tema, y teniendo en cuenta que la bibliografía actual es lo suficientemente explícita me limito a citarla²⁷.

La transgresión

La idea de transgresión que aquí propongo deriva de la existencia de un contrato el cual implica un mandamiento y una aceptación, lo que significa que existe una prohibición y una infracción respecto de la misma.

Según Greimas²⁸, el contrato es la boda en el relato, en el ámbito de la literatura, más allá de la boda como función, al decir de Propp²⁹. Es un contrato social reconocido por las culturas y que en realidad oscurece las características reales de la relación entre un hombre y una mujer en clave de contrato sexual, como claramente lo analiza Pateman³⁰. Este contrato apunta a la procreación y a la construcción de núcleos familiares; ninguna de ellas incluye la construcción del goce en las mujeres. Sin embargo los diseñadores de estos contratos podrían haberse inspirado en la expulsión de Adán y Eva del ámbito ecológico denominado Paraíso Terrenal, de donde resultó que Eva fue maldecida no sólo con los dolores del parto sino con la sumisión al apetito sexual de su esposo³¹.

El mismo reconocimiento se encontraba en el *Corpus Hippocraticum*: el goce y el deseo sexual estaban asociados con la secreción propia de la excitación que se emite vía vaginal, que se consideraba semejante a la emisión seminal y sin la cual las mujeres no concibirían. Sin embargo Aristóteles, en su obra *De la Generación de los Animales*, se refiere al “placer que a veces experimentan algunas mujeres”, como si quisiera dejar en

claro que no se trata de un hecho compartido por todas. Galeno tenía otra teoría: habría “una secreción producida por las trompas, responsable por la procreación y otra secreción generada en el momento de máximo placer, oriunda de la vagina”.

En su *Elegía III*, Propercio³² encara a una desconocida: “Me reprochas tan a menudo nuestro deseo sexual! Pero créeme, vosotras estáis más sujetas a él que nosotros”.

Imposible desconocer el *Ars Amandi* de Ovidio que dedica capítulos a la que denomina *cultissima femina*, en cuyos placeres y gozos se interesa, y recomienda a los varones cómo proceder para despertar lo que denomina deseo femenino³³.

Las investigaciones de Flandrin³⁴ nos ponen en contacto con textos de los siglos XV y XVI en los que cuatro teólogos se interrogaban de este modo: “El hombre ¿debe prolongar el acoplamiento hasta que la esposa alcance el orgasmo?”, y entendían que así debía ser. Otros afirmaban que no era obligación del marido; pero todos asienten en que el acoplamiento debía perdurar hasta que se obtuviese el placer de la mujer.

En esos mismos siglos la iglesia se mostró preocupada por estos temas como para plantearse estos interrogantes: “Si el hombre entrega su semen antes que la esposa -dado que se suponía la existencia de semen en la mujer- ¿ella podía, después de haberse retirado el hombre, excitarse táctilmente hasta emitir su semen?” De diecisiete autores que formularon esta cuestión, catorce la autorizaron y tres la prohibieron.

No se trataba de propiciar la masturbación, que se consideraba pecado, pero sí autorizarla durante los coitos destinados a concebir hijos. Cualquiera fuese el argumento, el placer de las mujeres no era ignorado sino que se estimaba “noble” y se propiciaba, en estas circunstancias, a cargo de ellas mismas.

En paralelo, ese “derecho” que se garantizaba para las mujeres en esos niveles, al mismo tiempo, quedaba políticamente limitado. En función de su pudor, que se consideraba natural, ella estaba impedida de reclamar el débito conyugal a su marido; por ejemplo, el canónigo D. Soto, en 1573, escribía: “El marido debe estar atento a las peticiones implícitas de ella” puesto que en la mujer “la frialdad y la vergüenza son más vehementes que en el hombre”.

Las razones por las cuales los creadores de este mito mencionaron ese deseo femenino no son fácilmente discernibles desde las lógicas que utilizamos en el siglo XX; sin embargo la "hilación" del texto bíblico permite enhebrar a Eva tentada por la serpiente transgrediendo ambas la prohibición divina y, posteriormente, ambas maldecidas³⁵. Eva puso en acto un deseo: comer lo que no se debía comer -en realidad, mantener relaciones sexuales copulatorias completas si nos atenemos a los textos especializados-; entonces produjo la catástrofe histórica³⁶.

Durante el mito bíblico el varón "se deja" tentar, se pasiviza; pero al asumir la maldición divina queda posicionado en el papel activo de trabajador de la tierra -la maldición resignifica el lugar del varón cuando debe subsistir por su cuenta-. En cambio la mujer, que desobedeció activamente, será pasivizada parcialmente. Las dos escenas sugieren un castigo destinado a frenar la iniciativa de las mujeres, dada la experiencia original.

Las interpretaciones que aportan los eruditos³⁷ sugieren que a partir de la seducción inicial Eva adquirió un gran poder sobre Adán, suposición que Miguel Ángel habría plasmado en el techo de la Capilla Sixtina al pintar el panel *Tentación y Expulsión*. Allí "Eva está sentada con las piernas dobladas, en una postura considerada en la antigüedad como erótica; su voluptuoso cuerpo es esbozado con rítmicos contornos y su difícil posición, si se la considera junto con otros detalles del fresco, sugiere claramente que fue interrumpida mientras estaba entregada -o estaba a punto de dedicarse- a la copulación oral con su marido: una manera metafórica de comer el fruto prohibido". Si Miguel Ángel los pintó de este modo antes de la caída se supone que la práctica era inocente, con lo cual reprodujo una herejía adamita que cada tanto aparecía entre aquellos cristianos. El tratamiento que otorgó el artista a esta transgresión sugerida consagra la validez de la felación en su época.

En la representación del goce es donde convendrá buscar la transgresión, cualquiera fuese la práctica en lo real. De este modo es posible discernir entre la transgresión social y la subjetiva.

Bataille postula una complicidad entre la ley y su violación, entre el contrato y su incumplimiento, como núcleo del erotismo. Por lo general los autores que se ocupan de lo erótico señalan la transgresión como clave del mismo. Podemos pensar en términos de leyes interiores producidas por el aparato psíquico³⁸ de cada mujer, creadas de acuerdo con sus experiencias vitales y según sus relaciones con los mandatos superyoicos, de donde las prohibiciones verdaderamente importantes serían aquellas que transgredieran esos mandatos interiores; de ahí su angustia al violentarlas, asociadas a las vivencias acerca del pecado.

La transgresión, sin destruir lo interdicto, lo mantiene para disfrutar de haber burlado o sobrepasado aquello que estaba prohibido. La práctica de la felación, decidida o aceptada por la mujer, es uno de los modelos de transgresión que encontramos con frecuencia. El interdicto es el que daría por sentado "eso no se hace", prescripción que parte habitualmente de aquellos varones que sostienen: "algunas cosas -juegos sexuales- se llevan a cabo con prostitutas, nunca con la esposa".

La postergación

Entre las creencias que acerca de la sexualidad impuso el hegemonismo patriarcal, una de las más exitosas se recorta en la frase "las mujeres son más lentas que los hombres". De este modo se pretende describir una modalidad que constituiría otro déficit femenino: mientras el hombre adviene al acmé orgásmico velozmente, las mujeres no alcanzarían dicha culminación con la misma rapidez -como si en estos trámites, la velocidad constituyese un valor-.

Suele suceder de este modo, pero la lectura es otra: los varones -con las excepciones de rigor- carecen de disponibilidad erótica que les permita postergar la tensión sexual, es decir, no les resulta sencillo hacerse cargo del goce que sustituyen por la estampida eyaculatoria, a menudo orgásmica, probablemente debido al temor de perder la erección peneana. O sea, los hombres -dicho sea con los riesgos que esta expresión generalizadora implica- se protegen del goce erótico en aras de una velocidad alivante de la tensión sexual. No se trata de que "las mujeres

seamos más lentas”, sino de que los varones tienen prisa porque necesitan garantizar el éxito del acto sexual mediante la penetración y la eyaculación³⁹. Buscan construir el orgasmo dentro de sus propios tiempos cronológicos para utilizar exitosamente la eficacia eréctil. Asumen la práctica sexual en términos de alivio de tensión y no necesariamente como experiencia de goce ya que éste reclama tiempos cronológicos lentos, densos, espaciados.

El reclamo de las mujeres que la clínica documenta queda atado a esta modalidad masculina. Las mujeres, después de un coito -que no es lo mismo que una relación sexual que puede no incluirlo-, declaran su insatisfacción debido a la premura por eyacular, a la falta de dedicación por parte del compañero, así como al déficit de imaginación por parte de él para incorporar caricias. También, y en otro nivel, describen las críticas y desconfianzas por parte del varón cuando son ellas las que demandan otros juegos: “¿Dónde aprendiste eso?” Las demandas de las mujeres apelan a la necesidad de postergar la penetración peneana y disponer de más tiempo cronológico para difuminar los estímulos sensoriales en las distintas zonas erógenas. Resulta innecesario recordar que sólo describo el soporte orgánico de estas situaciones cuya creación y cuyos ritmos, así como el padecimiento que de ellos podría resultar, adscriben su condición de significantes.

Las mujeres pueden disponer del conocimiento de su zona perineal como para saber cuáles son los movimientos, las posiciones y las zonas privilegiadas de su vagina, registro del que se conoce como punto G articulado o no con la estimulación

La postergación respecto a la culminación orgásmica constituye una protomodalidad de la construcción de los goces del género, ya que postergar aumenta la tensión sexual y posibilita el juego de las fantasías concientes que acompañan a las prácticas sexuales. O sea, en la postergación pueden evaluarse los efectos de los aspectos refinados del Yo que se ponen en juego durante las relaciones sexuales en clave de goce.

El ideal erótico

“Voglio restare così / magari fino in fondo / (...) mi basta
averti qui / e strigerti così /-Voglio restare così-“

Andrea BOCELLI

Este ideal se refiere a la posibilidad y a las características de la creación de un campo destinado a las fantasías y prácticas eróticas de acuerdo con la subjetividad de cada mujer. Instituirse como sujeto deseante y gozante es un ideal erótico que, como todo ideal, en su condición de representación y fantasía, permanece inalcanzable; pero actúa como estímulo capaz de potenciar conductas constructoras de goces y placeres.

La importancia de este ideal reside en su diferencia con los ideales transmitidos tradicional y transgeneracionalmente cuando se muestran rígidos, capaces de engendrar malestares⁴⁰; en esa transmisión inciden de modo peculiar las estereotipias de los ideales parentales. Los nuevos ideales eróticos se constituyen con la inclusión de los datos y estímulos que incorporan los medios de comunicación que favorecen la aparición de ideales eróticos diferentes de los tradicionales, lo cual facilita que el género se separe del superyo parental. Esto no significa que las mujeres se acompañen con todos los modelos que ofrecen los medios⁴¹.

Se distinguen aquellas mujeres que implementan su narcisismo privilegiando una posición que consideran virtuosa al propiciar los mandatos superyoicos que provienen de los padres; suelen pagar el precio de formaciones reactivas -es decir, patologías- ante las demandas pulsionales. Se trata de un mecanismo que logran practicar porque aíslan afectivamente cualquier esbozo de ideal opuesto al que aprendieron.

Estos ideales eróticos adheridos a postulados convencionales, cuando se convierten en *modus vivendi*, aportan un sentimiento de orgullo y de plenitud por mostrarse como aquellas que no ceden a los impulsos que la convocan a transgredir los cánones. Estos incluyen la prohibición de ceder ante cualquier índole de transgresión y mantienen el objeto y la meta de la pulsión en los lugares que se definen como correctos a partir de un “deber ser” religioso o convencional.

La construcción de ideales exige niveles de análisis que dependen del modo en que los procesos cognitivos enfrentan la dificultad o la imposibilidad de satisfacer las necesidades, los deseos sexuales y los empujes de la pulsión para lograr su meta. La mayor o menor capacidad de abstracción es uno de los resultados de ese trabajo pulsional que promueve la aparición de pensamientos destinados a construir diversas formas de satisfacer necesidades pulsionales o abundar en deseos.

Existen ideales respecto del goce erótico que pueden vincularse con la satisfacción de necesidades o con la construcción de deseos, lo cual advierte acerca de los riesgos que implican las inhibiciones o los cortocircuitos capaces de interceptar la creación de procesos cognitivos aptos para gestar abstracciones. Es decir que, aunque existan satisfacciones de índole pulsional, es preciso que las pulsiones mantengan su nivel de exigencia ya que de ese modo se propician las oportunidades para incluir nuevas representaciones y deseos relacionados con los ideales ya construidos. En ellos es posible incluir mitos personales así como las escenas concientes o inconcientes que se crearon previa o posteriormente a la satisfacción de la necesidad sexual.

Las prescripciones decimonónicas (cuya calidad puede ser conciente o inconciente) dificulta la creación de ideales eróticos propiciadores del goce, puesto que algunas mujeres no pueden aumentar su caudal representacional incorporando nuevas alternativas. Es posible reconocerlo cuando, durante el trabajo grupal⁴² o en la práctica psicoanalítica, encontramos mujeres cuyas representaciones aparecen cifradas o ausentes y es necesario acompañarlas para que incorporen palabras capaces de construirlas.

Los ideales eróticos podrían estimular y reciclar las pulsiones parciales que se esforzarían en la creación de nuevas tensiones y postergaciones, es decir, el ritmo del gozar concebido por el ideal del Yo de acuerdo con las modalidades del gozar propias de cada mujer. Para nosotras se trata de un gozar que incluye los significantes que cada una les adjudica a sus ideales eróticos y que exceden la respuesta corporal.

Este ideal erótico produce un compromiso psíquico que va mucho más allá de los goces y placeres para encabalgarse en “el deseo de ser”, o sea, en la subjetividad donde se implanta la trascendencia del sujeto. El deseo de ser constituye una vicisitud de la libido narcisista⁴³ y mantiene su dominancia cuando la transgresión a dominio erótico es sostenida por otras modificaciones que comprometen la vida total de la mujer, es decir, si se corresponde con reposicionamientos frente a los hijos, a su tarea doméstica, a su vida pública y social, cuando constituye otro aspecto de la fragmentación que puede organizarse de manera implosiva en la reestructuración de la vida total de cada mujer.

Los objetos eróticos

El objeto erótico es una construcción que en el campo de las vivencias logra generar goces y placeres, debido a la investidura con que fue impregnado. Es el efecto de una producción de sentidos que se generan mediante el contacto con determinados objetos concretos y/o con situaciones imaginarias y simbólicas.

Hablamos de objetos eróticos personales y de objetos eróticos socializados⁴⁴. Estos últimos se caracterizan porque circulan excitando a los hombres o a las mujeres de una región y de una época y responden a las posibilidades técnicas o artísticas de quienes los crean; por ejemplo, en la actualidad, la utilización de llamados telefónicos a las líneas *hard*. El objeto erótico está constituido por el hecho de conversar con quien mediante el diálogo produce excitación en quien realiza el llamado, pero también incluye la voz de quien contesta y la investidura del aparato telefónico como imprescindible para dicha comunicación.

El video, los servicios de sexo por computadora y líneas telefónicas (Minitel)⁴⁵, así como los “chateos” que posibilita internet junto con la exposición de determinadas páginas Web, responden a mecanismos de interacción capaces de apoyar a quienes eligen investir eróticamente los aportes de la tecnología y no sólo a los sujetos que las manipulan. Los objetos eróticos creados para interesar a “todo público” por lo general derivan

de la publicidad y apuntan a los que -calculan- serán anhelos individuales de cada espectador o espectadora.

El objeto erótico personal se involucra en la simbólica propia y responde a tensiones y deseos personales. Tanto los objetos socializados cuanto los personales dependen del género de quien los crea o los reconoce como propios.

Lo sugerido

“El lugar más erótico de un cuerpo ¿no es acaso allí donde la vestimenta se abre?”

Roland BARTHES

Lo erótico y lo sugerido son inseparables, así como la disponibilidad de tiempo para registrar lo sugerido y continuar pensando o sintiendo acerca de aquello que se sugiere y de la intención de quien sugiere o de la pulsión que tiende a develarlo, completando imaginariamente lo que falta.

Lo Duca⁴⁶ caracteriza lo erótico y lo porno y distingue, mediante los films de Fellini, Bergman, Clouzot y Stroheim -directores que sugieren sin mostrar-, la distancia con aquellas películas destinadas a la satisfacción voyeurista del público en las que todo se exhibe y que forman parte del mundo porno⁴⁷.

Lo sugerido se asienta en la promesa de aparición de lo que está vedado, sugestión de lo que está por venir y que, en ese trayecto entre lo que no está a la vista y su posible aparición, podría cambiar.

Se reitera la presencia del ritmo: presencia-ausencia, aparición-desaparición, ausencia repleta de interrogantes para la pulsión en espera de un nuevo estímulo que se imagina para mantener la tensión.

El vocablo deriva del latín *gestus*, en tanto actitud o movimiento del cuerpo, y a su vez derivado de *sugerere*, llevar por debajo; pero el ejemplo tomado del latín en su primera acepción nos conduce a una singular asociación: *flammam costis aeni*, o sea, poner fuego a los lados de un caldero. La imagen rescata un sentido del sugerir en territorios del erotismo: adosar fuego inclusive ponerlo por debajo de algo, apelando al fuego como símbolo tradicional de la excitación sexual.

Frente a lo sugerido ¿cuál será la tentación? Tentar también proviene del latín *temptare* que significa palpar, intentar hacer algo que en su versión *tentatio* quiere decir acceso de fiebre, entendido como algo que se produce desde adentro de quien siente la tentación como respuesta a algo exterior que lo atrae con gran fuerza⁴⁸.

Parecería que el género mujer estuviese históricamente anudado a sugerir y tentar: las mujeres que tientan son aquellas que al sugerir prometen algo desconocido y tientan al varón “empujándolo” hacia dicha promesa de novedad erótica.

¿Cuáles serían las tentaciones sexuales-eróticas que asumen las mujeres? ¿Qué sería lo sugerido a cargo de los varones? La respuesta personal no anula las posiciones clásicas que atan en una coincidencia a ambos géneros: las películas porno con argumento heterosexual sugieren que la tentación estaría dada, para las mujeres, por la promesa de impresionantes goces sexuales debidos al tamaño del pene y a su incansable bombeo en la región vulvogenital⁴⁹. No obstante, ésa no es la fantasía que suele encontrarse asociada con la tentación sino, por el contrario, las fantasías acerca de lo sugerido se extienden en el perímetro que abarca una mirada intensa y/o un apretón de manos o un roce casual, cualquiera de ellas tapizadas con fantasías que la mujer provee y que a veces no tienen relación necesaria con la maniobra masculina.

La diferencia sustantiva con lo que se exhibe indica la oposición entre erotismo y pornografía, si bien existe un margen difuso entre ambos desde la perspectiva de lo que un artista puede crear.

“La entrega” como ficción que omite estar-fuera-de-sí⁵⁰

“Señales de impudicia / que ella recita / mujer de pocas lunas. / Golpea, vacila / huele y la pliega / en barcos de papel / pasajero en tránsito / hacia la escena de él”.

Uva y racimo, Manuela FINGUERET

La expresión que se conoce como “entrega” o sea la cesión del propio cuerpo a las caricias del *partenaire*, que debe finalizar en coito para que verdaderamente se convierta en una

“prueba de amor” por parte de la mujer, constituye un clásico distribuido histórica y geográficamente más allá de cualquier frontera social o religiosa.

Se supone que se trata de una circunstancia en la cual el Yo de las mujeres se pasiviza y se entrega al otro. Pero primero precisa estar-fuera-de-sí o sea debe 1) desinvertir o anular los mecanismos inconcientes que se ocupan de inhibir el placer, de acuerdo con las pautas sociales que se impusieron al género.

Los mecanismos inhibidores de placer tienen como finalidad frenar la entrega a las sensaciones de placer y de goce; 2) pero las pulsiones parciales, que regulan los juegos preliminares (besos, caricias, abrazos, etc.), presionan en busca de reacciones productoras de goces mediante el estímulo interno -excitación- que producen en las zonas erógenas.

El compromiso del denominado Yo de placer reside en acatar las presiones de las pulsiones parciales y activar la creación de placeres; en esa tarea queda expuesto a las tensiones y descargas eróticas intensas, de manera tal que esta posición activa la conduce a estar fuera-de-sí. 3) Recién entonces podrá volverse hacia el *partenaire* y su Yo le cederá al otro su actividad. 4) Como efecto de dicho proceso aparece su posibilidad de entrega que es el resultado de una decisión-acción activa. Entonces se pasiviza como efecto de haberse colocado previamente en estado fuera-de-sí.

De la tergiversación de dicha situación surgió la expresión “entrega” que encierra una paradoja: si no se produce previamente un “estar-fuera-de-sí”, no existe tal entrega puesto que ésta comienza siendo activa y no pasiva. La pasividad como sinónimo de entrega es uno de los mitos incrustados en el imaginario respecto del goce de las mujeres.

Un paradigma ficcionario actúa en aquellas mujeres que imitan los efectos del orgasmo y crean un “como-sí gozante” cuando en realidad no se sienten conmovidas por el gozo. Se trata de una teatralización de índole histérica, una simulación del erotismo añorado. Esta representación del como-si histérico metaforiza el deseo de gozar ilustrándolo con suspiros, jadeos y frases explícitas. Se la utiliza en lugar de demandar maniobras que le permitan construir su goce, y de este modo se sustancia una causa gozante mediante expresiones simuladas.

Los argumentos para apelar a esta estrategia pueden ser varios. Uno de ellos afirma: "Mejor lo dejo con la ilusión de lo bien que lo pasé", y en otras oportunidades: "No le voy a decir que no siento nada porque va a pensar que soy frígida y se va a buscar otra mujer".

Son mujeres que fingen gozar como si fueran prolongaciones del falo del *partenaire* en lugar de explicitar que su deseo tiene horizontes propios. Este es uno de los impedimentos en las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, tendientes a preservar incólume el narcisismo masculino que de este modo no duda en la eficacia de sus prácticas.

¿Por qué fingen gozar tantas mujeres? Parecería que construyendo un ficticio placer orgásmico creciera ante el varón, al mismo tiempo que lo consagra como potencia capaz de juzgarla en ese espacio de su saberse mujer.

Aun cuando en la relación se produzcan estados de bienestar y de goce para ambos, puede suceder que en las mujeres persistan depósitos de respuestas gozantes como si en algunas relaciones "ella no estuviera toda allí", razón por la cual posteriormente ella podría demandar "más", sin que se pueda saber si ese "más" demanda al varón o si se refiere a sus depósitos de erotismo aún inexpressado. No obstante esa decisión de quedarse sin gozar permite suponer, en algunos casos, respuestas masoquistas y, en otros, formaciones reactivas frente al surgimiento -inesperado- que imagina intolerable.

A veces el goce se acompaña con el estado de "éxtasis" que puede convertirse en una representación rectora en la construcción del objeto capaz de despertar interés erótico⁵¹.

El estar fuera-de-sí, como en éxtasis, se suele localizar en la cara de las mujeres durante los momentos máximos del goce; de allí el perpetuo interés de los varones en mirar la cara de su compañera en estas circunstancias: en ese momento ella es el falo que él no posee, dada la soledad incoercible de todo goce cuya inmanencia lo aísla momentáneamente de cualquier comunicación con el otro.

Una de las evidencias más bellas de esta expresión facial es la que talla el Bernini en el rostro de Teresa de Ávila cuando en estado de éxtasis recibe un mensaje de labios de un arcángel que porta una espada en su mano, cuyo simbolismo es

transparente. El éxtasis místico es reflejo del éxtasis gozante de las mujeres que crean su propio estar-fuera-de-sí, y su atracción es lo suficientemente intensa como para que esa cara de Teresa de Ávila no sólo figure en una de las ediciones del *Erotismo* de Bataille sino también en el seminario *Encore* de Lacan. Responde a la creación de un objeto erótico en el cual vemos reflejado el goce-de-sí que trasciende fuera-de-sí.

Una introducción al tema precisaría espacios imposibles de establecer en una revista. Las enunciaciones propuestas avanzan en el sentido de revisar los cánones de la Erótica y al mismo tiempo ampliar la hermenéutica que podemos utilizar en los estudios de género. Los interrogantes polucionan el tránsito entre las diversas áreas que estos temas abarcan. Uno de estos interrogantes parte de una afirmación:

La legitimación de goces y placeres, asociados con las prácticas sexuales y con la calidad de sujetos trascendentes de las mujeres, constituye instancias que también son responsables por la construcción de las subjetividades del género y que, al no ser reconocidas por los universos culturales, aún se mantienen en suspenso. El erotismo -goce y placer- como creación propia que puede analizarse desde una Erótica asociada con el género ¿podrá instituirse como uno de los símbolos (y no sólo práctica/s) estructurante de la femineidad, o sea, formar parte de los imaginarios y de las teorías con que cada día se construya la representación de las mujeres?

NOTAS

1. La sexualidad es una construcción teórica derivada de la idea de sexos que recién aparece a fines del siglo XVIII. "Incorpora la idea de placer como algo acerca de lo cual se podía pensar y no solamente sentir" (Síntesis de ideas escritas por FOUCAULT, en *Historia de la sexualidad*, T. I, Siglo XXI). Desde otra perspectiva, "sexualidad alude a la posición de sujeto sexuado respecto de su deseo o sea, respecto de su elección de objeto".
2. VALLS, M., (1982), *La música en el abrazo de Eros*, Barcelona, Tusquets.
3. DAZA, G. y ZULUETA, M., (1998), en su libro *Maquinaciones sutiles de la violencia*, Colombia, Ed. Universidad Central, introducen una perspectiva de goce que resultaría de haber llegado a la mayoría de edad "como particularidad de las acciones realizadas en el ámbito de lo público".
4. (1967), *Sexologie lexicon*, France, Ed. J. J. Pauvert.

5. Mujeres como cuerposanatómofisiológicos, como dato social y como significantes en lo que se refiere a la diferencia entre los sexos, y sexualidad como una categoría social que depende de las identificaciones con ideales y representaciones de cada época cuyas prácticas crean normas, es decir, ingresan en los procesos de simbolización.
6. ANÓNIMO, (1994), *Speculum al joder*, Palma de Mallorca, Ed. Olañeta.
7. La Escuela de Salerno produjo erotólogos cuyas ideas, fundidas en textos ginecológicos y médicos en general, llegaron a Europa; así sucedió con Constantino el Africano, autor del *Liber coitu* (1077). Los libros dedicados al arte de hacer el amor ingresaron en Europa, vía España, desde Oriente, y en uno de ellos es una mujer, Teodor, quien dicta las instrucciones al varón para obtener coitos más placenteros. También se encuentran recomendaciones acerca de la mejor manera de convocar goces y placeres en las mujeres, en algunos textos sufíes, por ejemplo en la obra de Ahmad Zarruq (Siglo XVI). La cultura china hizo aportes significativos en el área dedicada al arte de hacer el amor, entre otros por medio del texto sagrado, *De las nubes y de la lluvia*.
8. PAZ, O., (1969), *Conjunciones y disyunciones*, México, Mortiz.
9. BATAILLE, G., (1980), *El erotismo*, Barcelona, Tusquet.
10. Son particularmente significativos los textos de MILLET, K. (1965, *Política sexual*, México, Aguilar) y de FIRESTONE, S. (1979, "Love and Women's Oppression, en *Women and philosophy*, California, Ed. Bishop Belmont).
11. Cito en particular a Kristeva quien en *Historias de amor* (México, Siglo XXI, 1983) se pregunta si es posible una erótica de lo femenino, a partir de su convicción acerca de la libido como dimensión masculina.
12. Algunos de los temas que introduzco en este trabajo fueron expuestos en la cátedra, y otros durante la realización de los grupos de estudio que coordino desde 1975 hasta la fecha.
13. GIBERTI, E., (1997), "Erótica y mujer", en Rev. *Topia*, N° 21, Año 7.
14. GIBERTI, E., (1993), "Mujeres en una erótica del sida", en Rev. *Asociación Psicólogos de Bs. As.*, N° 42.
15. GIBERTI, E., (1984), "Erótica: el amor, el goce, el placer, lo obsceno, la mujer y la transgresión", en Rev. *Actualidad Psicológica*, Año X, N° 98, Buenos Aires.
16. BATAILLE, *op. cit.*
17. FREUD, S., "El problema económico del masoquismo", en *Obras completas*, T. XIX, Ed. Amorrortu.
18. Freud introdujo el concepto de pulsión sexual, diferenciándolo de instinto. Distinguió entre pulsiones parciales (pregenitales) y genitales. Las primeras se subordinan a las pulsiones genitales y significan un principio de ordenamiento en la aspiración al placer. Las parciales mantienen su vigencia durante la infancia (chupar, morder, acariciar, espiar, exhibirse, etc.) y en la pubertad son reguladas por la pulsión genital, con fines reproductivos; no obstante muchas de las parciales conservan sus

investiduras libidinales y son acogidas en el ámbito de los placeres preliminares. En esas pulsiones parciales, el placer sexual constituye un plus que no dimana de la satisfacción de la necesidad sino que éste se instala durante su funcionamiento. Se trataría de una ganancia adicional de placer que no derivaría del alivio de la tensión sino de mantenerla. El concepto de pulsión, que constituye uno de los ejes de la teoría psicoanalítica, fue cuestionado reiteradamente, por ejemplo, por Deleuze Guattari (1980, *El Anti-Edipo*, Buenos Aires, Paidós) y por Atlan, H., quien las denomina "máquinas que fabrican sentidos" (1979, *Entre le cristal et la fumee*, Paris, Seuil).

19. La lírica amorosa del siglo XIII estableció un nexo entre Eros y lenguaje poético, un enlace entre deseo, fantasma y poesía. Una diferencia notable es la que se entabla entre el trobar clus en el cual se celebra la unión sin fin del deseo y de su objeto, mientras que la concepción típicamente medieval del carácter fantasmático del amor encuentra su resolución en una práctica poética, según la descripción de Agamben (1955, *Estancias*, Valencia, Pretextos).

20. FLANDRIN, L., (1984), *La moral sexual en Occidente*, Barcelona, Granica.

21. GARCÍA MESSEGUER, (1982), *El lenguaje y los sexos*, Universidad Autónoma de Madrid.

22. Las mujeres pueden construir diversas calidades de orgasmos relacionados con su intensidad, su punto de concentración o su difusión, su peyoratoriedad, su profundidad y su duración, y aún algunas se refieren a su tamaño (grande o pequeño).

23. Lacan afirma: "[La mujer] Tiene en relación con lo que la función fálica designa *juissance*, un *juissance* complementario", pero la mujer no puede decir nada acerca de él. Sólo puede saber que lo experimenta y no le ocurre a todas. "El orgasmo vaginal ha mantenido inviolada la oscuridad de su naturaleza" (*Cuatro conceptos fundamentales en psicoanálisis*). Los aportes de Lacan en materia de sexualidad han sido analizados por diversas autoras feministas; podemos añadir que la Erótica no formaba parte de sus intereses.

24. MALDAVSKY, D., *Comunicación personal*.

25. GIBERTI, E., (1997), "La alteridad, un síntoma de género entre niños y niñas", en RODULFO, M. y GONZÁLEZ, N., (comp.), (1997), *La problemática del síntoma*, Buenos Aires, Paidós.

26. BRUCKNER, P. y FINKIELKRAUT, A., (1979), *El nuevo desorden amoroso*, Barcelona, Anagrama.

27. LAQUEUR, T., (1992), "Amor veneris", en NADALAF, F., y TOZZI, (comp.), *Fragments de una historia del cuerpo humano*, Taurus; Idem., (1990), *La construcción del sexo*, Madrid, Cátedra; GIBERTI, E., (1997), "El ombligo del género", en BURIN, M. y BLEICHMAR, E., (comp.), *Género, Psicoanálisis y Subjetividad*, Buenos Aires, Paidós; también ANDAHAZI, F., (1996), *El anatomista*, Planeta; SHERFEY, M., (1981), *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*, Barcelona, Barral;

- AUFRET, S., (1982), *Des Couteaux contre les femmes*, Paris, Ed. Des Femmes.
28. GREIMAS, (1979), *Semántica estructural*, Madrid, Gredos.
29. PROPP, V., (1980), *Edipo a la luz del folklore*, Madrid, Fundamentos.
30. PATEMAN, C., (1990), *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.
31. "Multiplicaré en gran manera los dolores de tus prefeeces; con dolor darás a luz a tus hijos; y tu deseo será para tu marido; y él se enseñoreará de ti". Versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602). Otras versiones: 1909 y 1960. Ed. Asociación Bíblica Argentina, Buenos Aires, 1960.
32. Propercio lo mismo que Tibulo, jóvenes poetas romanos, iniciaron el género literario conocido como elegía erótica romana; se caracterizaron porque se dirigían a la mujer en primera persona.
33. VEYNE, P., (1991), *La elegía erótica romana*, México, FCE.
34. FLANDRIN, *op. cit.*
35. GIBERTI, E., (1996), "El ombligo del género", en BURIN, M. y DÍO, E., *Género, subjetividad y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
36. Eva le narra a sus hijos cómo se produjo la caída en pecado: "(...) la serpiente puso en el fruto el veneno de su maldad que es la concupiscencia, raíz y principio de todo pecado; e inclinó la rama hacia la tierra y tomé la fruta y comí", en Evangelio Apócrifo, (1991), *Vida de Adán y Eva fuera del paraíso*, Sevilla, Ed. Moya y Montraveta.
37. PHILLIPS, J., (1984), *Eva, la historia de una idea*, México, FCE.
38. Aparato psíquico es una expresión que perdió actualidad y que fue revisada desde diversas teorías; no obstante la utilizo porque, dada su difusión, facilita la comprensión del texto.
39. La experiencia me demostró que es frecuente que las mujeres desconozcan un hecho habitual en la fisiología masculina: la eyaculación no es equivalente al orgasmo. Puede haber eyaculaciones carentes de orgasmos y de placer, más aún, algunas pueden resultar displacenteras.
40. BURIN, M., VELÁZQUEZ, S. y MONCARZ, E., (1989), *El malestar de las mujeres*, Buenos Aires, Paidós.
41. GIBERTI, E., (1997), "Mujer y medios de comunicación", en Rev. *Feminaria*, noviembre.
42. GIBERTI, E., (1985), "Grupos que estudian Erótica", en COMPLZCOVICH, *Mujeres y escritura*, Buenos Aires, Giardinelli; conf. también (1991), "Grupos en reflexión", en *Actas del Primer Congreso Psicoanálisis y Configuraciones Uniculares*, Buenos Aires.
43. MALDAVSKY, D., (1989), *Estructuras narcisistas*, Buenos Aires, Amorrortu.
44. GIBERTI, E., *op. cit.* Se trata de objetos capaces de excitar al sujeto; no necesariamente limitados a ser mirados, escuchados o tocados, sino también poseídos mediante el intercambio comercial. Violette Morin denomina voluptemas a los objetos que producen excitación porque implican "tenerlos", producto de un trueque que permite "tener" algo de modo que ese tener significa un orgasmo por posesión de la cosa comprada. (MORIN, V.,

1984, "El objeto biográfico", en *Los objetos*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo). No en vano uno de los graffitti del Mayo Francés decía: "¡Escóndete objeto!", denunciando la dependencia del gozar consumiendo lo innecesario.

45. GIBERTI, E., (1986), "Erótica computada, ¿una catástrofe?", en Rev. *Todo el Mundo PSI*, N° 1, Buenos Aires. En este artículo cito la fuente de las actividades Minitel, Rev. *Le Nouvelle Observateur*, N° 1149, Paris.

46. LO DUCA, (1968), *Sexo y civilización*, Buenos Aires, Goucourt.

47. GIBERTI, E., (1989), "La pornografía", en Rev. *Actualidad Psicológica*, Buenos Aires, marzo.

48. GIBERTI, E.; LAMBERTI, S. y YANTORNO, N., (1998), *Incesto paterno-filial*, Buenos Aires, Ed. Universidad.

49. GIBERTI, E., (1998), "Juegos y placeres", en Rev. *Tres Puntos*, junio.

50. GIBERTI, E., (1997), "Erótica y mujer", en Rev. *Topia*, op. cit.

51. GIBERTI, E., (1989), "Los objetos eróticos", en *Actas del IV congreso Latino de Sexología y Educación Sexual*, T. II, junio.